

Estereotipos y emociones: la clase media en la prensa popular argentina hacia los años veinte

Stereotypes and emotions: the middle class in the Argentine popular press around the twenties

Estereótipos e emoções: a classe média na imprensa popular argentina por volta dos anos vinte

Cintia Manocchi

Universidad Nacional de General Sarmiento
(UNGS) / Centro de Información e

Investigación Educativa (CIIE)

Buenos Aires, Argentina

mannocchicintia@gmail.com

 [0009-0006-3994-7092](https://orcid.org/0009-0006-3994-7092)

Recibido: 23 de abril de 2024

Aceptado: 7 de octubre de 2024

Artículo Científico.

Cómo citar: Mannocchi, C. M. (2025). Estereotipos y emociones: la clase media en la prensa popular argentina hacia los años veinte. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 29, n° 2, 2025, pp. 6-46. DOI: <https://doi.org/10.35588/k9yhjq29>



Resumen: En este artículo se estudiará el modo en el que se extendió la categoría “clase media” en la prensa popular argentina a fines de la década del diez y comienzos de la del veinte del siglo pasado. Se hará hincapié en las relaciones entre la constitución identitaria de la clase, las emociones circulantes en los discursos y los estereotipos sociales que les eran afines a dichas emociones. Nuestra metodología se sirvió, por un lado, del análisis discursivo de artículos y notas de diarios y revistas populares; por otro lado, también se tomaron revistas gremiales, revistas militantes, revistas especializadas, obras de teatro y novelas con alcance masivo para establecer comparaciones y nexos. La hipótesis se enfoca en la importancia que tuvieron las emociones asociadas a imágenes estereotipadas en la conformación de una temprana identidad de clase media.

Palabras clave: clase media, años veinte, estereotipos de clase media, emociones.

Abstract: This article will study the way in which the category “middle class” was extended in the Argentine popular press at the end of the 1910s and beginning of the 1920s. Emphasis will be placed on the relationships between the construction of class identity, the emotions that circulated in the discourses and the social stereotypes that were related to these emotions. Our methodology used, on the one hand, the discursive analysis of articles and reports from popular newspapers and magazines; on the other hand, union magazines, militant magazines, specialized magazines, plays and massive novels to compare and link. The hypothesis to be worked on consists of importance that emotions associated with stereotypical images had in the formation of an early middle class identity.

Keywords: Middle Class, 1920s, middle class stereotypes, emotions.

Resumo: Este artigo estuda a forma em que a categoria “classe média” se estendeu na imprensa popular argentina até o final dos anos de 1910 e início dos anos de 1920. Ele terá ênfase nas relações entre a constituição identitária da classe, as emoções que circulam nos discursos e nos estereótipos sociais que se relacionam com essas emoções. Nossa metodologia utilizou, por um lado, a análise discursiva de artigos e notas de jornais e revistas populares; por outro lado, também foram levadas revistas sindicais, revistas militantes, revistas especializadas, peças de teatro e novelas de grande alcance para estabelecer comparações e vínculos. A hipótese está centrada na importância que você traz às emoções associadas às imagens estereotipadas na formação de uma identidade inicial de classe média.

Palavras-chave: classe média, anos 1920, estereótipos da classe média, emoções.

Introducción

En las últimas décadas, dentro de las investigaciones sobre los orígenes de la clase media argentina, se ha fortalecido la idea de que los sectores frecuentemente considerados parte de esta clase no desarrollaron una identidad aglutinante que les permitiera, por ejemplo, unirse de manera temprana en sus luchas gremiales. Se ha argumentado que recién a partir del peronismo estos sectores lograron unificarse a partir de una articulación racial con lo blanco y europeo, formando así un tercer grupo que rompió con el esquema de sociedad binaria que incluía a la oligarquía y a los trabajadores (Garguin, 2009; Adamovsky, 2009 y 2025). La mencionada visión historiográfica niega que el proceso de modernización de fines del siglo XIX le haya dado forma objetiva a la clase media, y se basa a su vez en la escasa presencia de la expresión “clase media” en las fuentes primarias de la primera mitad del siglo pasado. Esto ha implicado una discrepancia con los estudios sociohistóricos clásicos y hasta con el sentido común de los argentinos.¹ Nuestra pregunta, con la intención de contribuir al debate, se orienta a conocer las características que adquiriría la clase media hacia los años veinte cuando está categoría aparecía efectivamente en el discurso popular. Sostenemos que el uso de la misma se extendió como un estereotipo de clase que le dio visibilidad al amplio colectivo social principalmente en la prensa de tirada masiva, pero también en la literatura popular y las revistas gremiales y especializadas que son parte complementaria de nuestro corpus de fuentes para cotejar las distintas posiciones en ellas incluidas sobre la clase que nos ocupa. Nuestra hipótesis contempla que los estereotipos tienen la capacidad de proteger el estatus y la conducta social de los individuos de un grupo, quienes pueden utilizarlos en la reafirmación de su sentido de pertenencia, procesos de categorización y consecuente constitución identitaria a través de los juicios comparativos que lleven adelante para diferenciarse de otros grupos en un contexto social dado (Tajfel y Turner,

1 Sobre este debate en torno a la clase media argentina como realidad empírica distinguible y la clase media como identidad subjetiva, ver (Adamovsky, 2009, pp. 497-514)

1986). Para el caso, el contexto de la inmediata posguerra y de la expansión de la conflictividad social a partir de 1918.

Creemos asimismo que la imagen estereotipada de la clase media se valió de las emociones tanto de quienes se sentían miembros de la misma como de quienes percibían a otros y otras dentro de la categoría. El abordaje de estos mecanismos de percepción social se focalizará principalmente en cómo la idea de clase media se estructuró a través de emociones intragrupales que caracterizaban al sector, observando que las expresiones emocionales asiduas y repetidas introducían a quienes las empleaban y a quienes eran interpelados por ellas en una suerte de “comunidad emocional”.² Dicha comunidad devenía en una clase si concebimos que la identificación clasista no se constituye únicamente de elementos empíricamente clasificables (ingresos, propiedades, nivel de estudios, partido político aglutinante, profesión), sino de aquello que se siente y surte efectos en el mundo público y privado.³

El estereotipo de clase media imperante en los medios masivos debió su generalización en gran parte a los factores de la realidad socioeconómica que a comienzos de los años ‘20 enlazaban emociones negativas con el amplio colectivo social ubicado entre la oligarquía y los obreros. Estos factores se vinculaban a los problemas inflacionarios; la creciente movilización obrera luego de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa; la proliferación de las acciones de demanda protagonizadas por empleados de cuello blanco; la carestía y el alto costo de los alquileres. Solo a partir de estas variables podremos explicar la emergencia del sufriente, avergonzado y “*pobre hombre*” de clase media, estereotipo consolidado y

2 Una “comunidad emocional” se define como un grupo o espacio donde sus miembros comparten un sistema común de sentimientos, adoptan y se imponen mutuamente las mismas normas de expresión emocional, y valoran los mismos afectos, evaluando los de los demás, articulando su moralidad y relacionándose con otros grupos (Rosenwein). Este concepto en particular, concebido a fines de los noventa, aplicado al análisis de las identidades de clase —no familiares, no religiosas ni de vecindad— constituye, junto al estudio de las emociones en general, un camino no explorado más que marginalmente por la historiografía argentina (Pérez y Bjerg, 2023).

3 Existe abundante literatura en torno a las percepciones y creencias como indicadores importantes en el estudio de la clase social, sin ánimos de exhaustividad mencionamos a Weber, Davies, Wright, Sautu, Evans, Adler.

referente en numerosos discursos que indicarían una construcción identitaria del colectivo ya en la época.

Una clase sufriente y avergonzada

“En el pueblo bajo hay más sinceridad que en la clase media y en esta más que en la aristocracia. Porque en el pueblo existe más miseria y dolor que en las demás clases. Y, el dolor, como el fuego purifica”
(*La Nota. Revista Semanal*, 8/10/1920)

Hacia los años veinte la matriz sentimental atravesaba las representaciones sobre las diferencias sociales y, en consecuencia, abarcaba mucho de lo referido al empleo de la expresión “clase media” que comenzaba a tomar presencia en los discursos masivos. En sitios variados la expresión aparecía en relación a las pobres muchachas sin candidato aceptable para el casamiento (*Atlántida*, “Las empleadas”), a las burguesitas solteras vanidosas más enamoradas del estatus que del amor (Olivari, 1922; Magariños, 1918), las casadas que se esforzaban por resguardar la honra de “sus” varones (*Caras y Caretas*, “Las mujeres que fuman”) y los novios que sufrían ante las dificultades de formar familia (Cayol, 1920). Más allá de estos cruces entre el amor y la clase social de los protagonistas, el “imperio de los sentimientos” (Sarlo, 1985, p. 15) no se circunscribía a la narrativa romántica popular, sino que atravesaba otros objetos culturales destinados a la masividad, en numerosos casos legitimando las perspectivas dominantes, pero en otros casos difundiendo estereotipos con códigos emocionales desde los cuales denunciar los males sufridos por los miembros de la clase media. En las publicaciones -además de cuentos o extensas notas de opinión vinculadas al amor romántico y filial del buen noviazgo y la buena crianza respectivamente- surgían fuertemente otras emociones entre las que destacaban el sufrimiento oculto y la vergüenza como resultantes de las condiciones sociales de la época.

Algunos escritores se identificaron con la clase media en la medida que narraban desde su propia experiencia de vida con el fin de conseguir textos realistas y actuales. Se posicionaban así dentro de la lucha clasista en la que insertaban a la clase media de forma

alternativa a la intelectualidad dominante y ponían a circular la categoría de modo distinto al dado desde el discurso hegemónico representado, por ejemplo, en las de ideas de Joaquín V. González sobre la clase media.⁴ Ellos, en cambio, producían conocimiento de amplio acercamiento al público, aunque fuesen marginales dentro de la hegemonía intelectual e incluso se vieran obligados a conservar sus trabajos como empleados o docentes para subsistir (Rivera, 1988)

En relación al campo cultural de la época, entre los años diez y veinte se transformó el modo de ingresar al mismo gracias a la expansión del mercado editorial y de la cantidad de lectores (Romero y Gutiérrez, 2007). Las publicaciones presentaban líneas editoriales profusas con caricaturistas, escritores y colaboradores de la “gente común” que, frecuentemente, de un modo tan visceral como reflexivo, retrataban-estructuraban la realidad social de la que eran su parte emergente.⁵ Las emociones circulantes en los textos masivos son indicadores de la “estructura de sentimiento” del período y de las interacciones establecidas entre los sujetos

4 A fines de enero de 1920, el intelectual y senador conservador Joaquín V. González decidió representar a la clase media como víctima del proletariado. En ocasión de esperar el quorum necesario para tratar en la Cámara Alta el presupuesto donde se analizaría el aumento salarial de los empleados públicos, considerados integrantes de la clase media, el senador disertó sobre la situación económica nacional y afirmó que las “angustias graves” atravesadas por la carestía eran peores en esta clase “que todo lo soporta” y “sufre las consecuencias del desarreglo universal”. Tanto en la clase media como en las provincias se hallaba -dijo el senador- la salvación de la república amenazada de modo constante por los extranjeros que “introducían el desorden” y “contaminaban” al pueblo argentino (*La Nación*, “La clase media: su protección y defensa”) Afines a su preocupación y desprecio intelectual hacia las masas, las palabras de Joaquín V. González le valieron la reprobación de la prensa en sus distintas orientaciones ideológicas, que las consideró, cuanto menos, ejemplo de un excesivo y peligroso nacionalismo.

5 Seguimos aquí los planteos de Williams (2000) para analizar lo dinámico y activo de los procesos de hegemonía. El autor sostuvo que en cada proceso hay formas y prácticas dominantes, residuales y emergentes en tensión continua. Lo dominante se constituye por los rasgos subordinantes dentro del proceso cultural total; lo residual comprendería aquello que “ha sido efectivamente formado en el pasado pero todavía se halla en actividad en el proceso cultural” (p. 144) y puede incorporarse a la cultura dominante como alternativa o como oposición. Mientras que lo emergente está en los elementos que son esencialmente alternativos o de oposición a la cultura dominante (p. 146) y no corresponden a formaciones sociales pasadas, sino que son de creación continua en el presente.

con un sentir de clase media o que identificaban a otros así.⁶ De esta forma es que descubrimos en las publicaciones la angustia y el desamparo como emociones muy aludidas en referencia a la situación de dicha clase en el contexto inflacionario.⁷ Asimismo, se presentaba una tendencia a caracterizarla como la más sufriente de la sociedad porque padecía la tensión del conflicto obrero-capitalista en el marco de expansión del movimiento huelguístico, y no lograba satisfacer sus necesidades socioeconómicas, distintas a las del proletariado manual, debido a sus patrones estéticos e intelectuales impares.⁸ En la letra impresa –sea en editoriales, viñetas o noticias– se la mostraba sufriendo silenciosamente por la carestía (*Mundo Argentino*, “La clase media y el encarecimiento de la vida”), sufriendo frente el peso de los extremos sociales (*Mundo Argentino*, “Hasta cuándo continuaremos así”), frente la arrogancia de la aristocracia que la menospreciaba (*Mundo Argentino*, “La clase media en América”), frente al obrero que mejoraba su posición económica sin esfuerzo (*Mundo Argentino*, “¿Está en decadencia la clase media”); sufría por la necesidad de aparentar una posición (*La Nota*, “Clase Media”), por llevar una vida gris (*Cuasimodo*, “Un pobre hombre”), por un proceso de proletarización acelerado (*Mundo Argentino*, “Clase Media”), por no ver recompensados su patriotismo e inteligencia (*Caras y Caretas*, “La semana al día”). El sufrimiento podía funcionar en la prensa popular como emoción estereotipada y, simultáneamente, como engranaje relevante de la pertenencia de clase. Se lo exponía también en las revistas gremiales de empleados de cuello

6 Consideramos aquí que aquello que se sostenga de determinada clase social o se asocie a ella es parte de la “estructura del sentimiento” de una época, concepto teórico útil en la comprensión del vínculo entre texto y contexto al remitir a “experiencias sociales en solución” (Williams, 2000), es decir –en nuestro abordaje– a significados, formas de pensar y creencias que se extendían socialmente a fines de los años diez y comienzos de los veinte en espacios urbanos de la Argentina.

7 Entre 1916 y 1920 los precios de los alimentos ascendieron un 60% y, en algunos casos, como el de la leche y del azúcar, los precios se duplicaron. Al finalizar la Primera Guerra Mundial la inflación en el país fue del 26%, un guarismo extraordinario en el escenario local que seguía las cifras contabilizadas mundialmente en 1918-1919.

8 Por ejemplo, el empleado de clase media debía vestirse decorosamente (*El Hogar*, “Cómo sería usted si fuese obrero”), contar con consumos culturales (*La Nota*, “De río Gallegos a Punta Arenas”) y cumplir con ciertas “leyes” del “buen gusto” en su vivienda (*Crítica*, “El hogar de los empleados”).

duro y corbata. *Crisol*, órgano de los bancarios de la provincia de Buenos Aires, decía:

El fenómeno de la carestía de vida, insoportable especialmente para la clase media. Aquí entran los empleados públicos en su gran mayoría y nosotros (...) es la clase media a la que llamaré heroica tan familiarizada con los millones ajenos como con los centavos en el bolsillo. (*Crisol*, “La carestía de la vida”)

Así como *Crisol* denunciaba la pobreza de la clase media con la que asociaba a sus suscriptores, y convertía sus angustias padecidas en acto heroico, el órgano de la Sociedad Científica Argentina sostuvo: “Está en el espíritu de todos que hay una clase media, precisamente formada de los obreros intelectuales que es la que más sufre por la carestía de la vida”. (*Anales de la Sociedad Científica Argentina*, “Federación Argentina de Obreros Intelectuales”). En la comisión directiva de la mencionada asociación de científicos reunida en marzo de 1920 se presentó un proyecto destinado a conformar la Federación citada. Se estipulaba afiliar a todos quienes tuvieran una “tarea técnica basada en el trabajo mental” y que como integrantes de la “clase desheredada” contaran con una peor situación en comparación a la del obrero manual, aquel que sí se consideraba escuchado por las autoridades. Marcándose, por medio del pesar silente de la carestía, una frontera identitaria con los trabajadores “del músculo”. Según el Ingeniero Arturo Hoyo⁹, creador del proyecto, desde el profesional estudioso hasta el más modesto empleado se veían expuestos a la voluntad de su empleador -Estado o patrón- y por ello precisaban de acciones colectivas de reivindicación, similares a las implementadas por los obreros “civilizados”, y no los “desviados” que pretendían “establecer desniveles violentos” propagando su “virus” incluso al interior de los trabajadores intelectuales a los que Hoyo les adjudicaba en su bien “métodos preventivos” tanto para enfrentar la “enfermedad” del maximalismo como para mejorar su angustiante situación.

Observamos que los problemas económicos del período guiaron el uso explícito de la categoría de “clase media” por parte de los

9 Adamovsky (2011) afirma que ya en 1914 Hoyo propició la conformación de la Federación.

iniciadores de la Federación que informara la puesta en marcha del nuevo colectivo gremial. Este era descrito como el resultado de los dolores de los “parias” de la sociedad: “los intelectuales, los empleados, los profesionales” (*Anales de la Sociedad Científica Argentina*, “Composición de la Federación Argentina de Obreros Intelectuales”). En definitiva, los “pobres hombres”. En relación a esta expresión, y para dar cuenta de la importancia del bagaje emocional en la construcción de una identidad de clase media, se debe mencionar el gran éxito teatral que tuvo la obra de José González Castillo llamada “El pobre hombre” (1920). Se narraban en su texto los problemas de Pérez, “un pobre empleado de clase media”, el “paragolpe de todos los choques”: aquel que tenía actitudes de sometimiento con el patrón y de malicia con sus compañeros de trabajo bajo la aspiración de “independizarse un día de la miseria”. Uno de los personajes de la trama teatral, intentando convencer a Pérez de unirse a la causa obrera, lo cuestiona por su debilidad y servilismo, y a través de sus preguntas cuestiona a toda la clase a la que también dice pertenecer:

¿Qué hacemos nosotros, los que no podemos pagar el costo de la vida ni obtener ventajas de ella? ¿Qué hacemos los de esta desgraciada clase intermedia que debemos vivir como ricos y trabajar como pobres, y que ni acumulamos capital ni reivindicamos derechos? ¿Cuál es nuestra verdadera situación? ¿Cuál nuestro deber? (González Castillo, 1921, p. 21).

Misma imagen estereotipada de un empleado –agobiado por la lucha social– se observa en el artículo “Un pobre hombre” que fuera publicado por la revista anarcobolchevique *Cuasimodo* en 1921. Y también en la novela de moral conservadora *Un Hombre desnudo* (1920). En ambos casos se tomaron personajes que eran empleados de escritorio y se autorepresentaban de clase media, tan “humilladitos y calladitos” como fáciles de engañar por los patrones que se aprovechaban de los “orgullos dorados” (Soiza Reilly, 1920, p. 14) de aquellos que padecían estoicamente sus pesares (viajes extensos, mala comida, jornadas largas, sueldos bajos) para no reconocer una situación de explotación que los aproximara a los obreros.

Era el sufrimiento endilgado a la clase media, la *paria*, la *esclava*, una pieza importante dentro de la serie de emociones que, como los recursos, se distribuyen de forma inequitativa. Y su utilización discursiva en la prensa denunciaba la desigualdad social. Se presentaban numerosos relatos sobre madres que lloraban y padres con ira, con las manos vacías e hijos hambrientos. Lo observamos también en el epígrafe de la presente sección de nuestro artículo, el contenido del mismo se leía bajo el título “Dolor y sinceridad” en la Revista *La Nota* que manifestaba así una idea muy expuesta en los años veinte y que pareciera haberse ido diluyendo del sentido común a lo largo del capitalismo: a mejor posición en la escala social le corresponde menor sufrimiento emocional. Sin embargo, quienes se autodenominaban clase media parecían arrogarse en la época incluso más dolores que la clase obrera, al punto de decir de esta que constituía una “*Clase privilegiada*”. Fue esa la denominación empleada por el subtítulo de un artículo de opinión publicado en *La Obra*, suplemento del anarquista *La Protesta*:

Ha publicado La Fraternidad un documento en el cual se puntualizan las mejoras obtenidas por los ferroviarios en la presente huelga. Leyéndolo sentimos ardientes deseos de tirar esta pluma tan inútil y emplearnos como foguistas, limpiadores, maquinistas, cualquier cosa, con tal de no pertenecer a estas profesiones que llaman liberales, sin duda porque dan plena libertad para morirse de hambre, sin amparo, ni solidaridad, sin nada... (...) no hay jornada de ocho horas, ni el cincuenta por ciento de aumento en el sueldo, en las tareas extraordinarias, ni descanso semanal, ni pensiones en la enfermedad, ni retiros para la vejez. Luchamos solos, independientemente, y aun tenemos que ocultar el dolor de nuestra clase media tras una máscara sonriente y disimular nuestra pobreza con inverosímiles combinaciones de sastrería. (*La Obra*, “La tiranía de los esclavos sobre los libres”)

Quizás la nota representase un modo de atracción dirigido a la clase media para guiarla a la agremiación y la lucha en las calles, o realmente verbalizaba desde el testimonio individual un dolor colectivo. Circunscripta a cualquiera de las dos posibilidades, se distin-

que la presencia del sufrimiento cubierto de apariencias y disimulos “burgueses” en el intento de negar los “agobios” de un extenso grupo social. Se obstaculizaba de tal manera entre los miembros de la clase media la posibilidad de sentir el orgullo que sí disfrutaba el pobre obrero por cuya honrada blusa del trabajo se veía pasar “a través de sus desgarrones” la altivez. La opinión continuaba elogiando la organización obrera en desmedro del “sentimentalismo” y el “asce-tismo” de la clase media, propio de “los pobrecitos y desgraciados pecadores”: “Los obreros piden ascensos, los imponen; las empresas, inevitablemente, para poder satisfacerlos, aumentan las tarifas y la pobre clase media es la que paga, sin que ni remotamente le alcance beneficio alguno” (*La Obra*, “La tiranía de los esclavos sobre los libres”)

Más fuentes nos reafirman la idea del sufrimiento de clase entre los sectores medios. Por ejemplo, en “El dolor de Buenos Aires”, novela del maestro normal riojano Cesar Carrizo (1921), se leen las peripecias de un empleado de oficina provinciano que sufre múltiples pesares materiales al carecer de “cuña”. Él esperaba por una mejora en la suerte junto a su mujer, una maestra avergonzada por coser en la casa para pagar el alquiler. Después de mucho peregrinar por oficinas públicas, un amigo de su tierra lo “coloca” en un cargo como profesor de castellano – sin tener título- gracias a conocer aquel a un funcionario en cierto Ministerio. El caso exponía, lo dicen los personajes, “la fatalidad argentina” del “numeroso ejercito de la burocracia”. Tomando distancia de su “éxito particular”, Ismael Robles –el protagonista– cuenta sobre la realidad de la capital del país: “Hay una angustia inenarrable. Sufre la clase media; sufre la tercera clase; crisan los puños trabajadores y gritan de hambre los parias” (Carrizo, 1921, p. 198)

En el mismo año, el escritor Carrizo compuso a otro personaje de novela: *Beatriz*. Ella odiaba el trabajo de oficina porque detestaba a quienes habitaban ese espacio: los “empleados” que, a diferencia de los obreros no conformaban “almas que sienten y vibran en las fábricas y talleres (...) con más fibras y planta de hombres libres”. Por el contrario, los empleados eran “fieles representantes de la clase media, no crispaban un músculo y seguían mansuetos como los bueyes” con la “convexa espalda, gacha la cerviz, flácido

el músculo y anteca la hombría” (Carrizo, Beatriz Llorente 7). Los aborrecía también porque colaboraban con “el oro” de “La Empresa” y ni siquiera se animaban a presentar un pliego donde asentar queja de su humilde condición: “No protestaban, no hablaban fuerte, ni desviaban sus ojos de sus funciones mecánicas”. Beatriz se hizo empleada de oficina luego de abandonar sus estudios superiores y formarse en una academia como secretaria. Su padre, escritor, había fallecido y los gastos eran apremiantes en el hogar compartido únicamente con su madre: “El alquiler se había ido de cien a doscientos” igual que el “alimento, la luz, el fuego, los vestidos”. Todas sus penas económicas hubiesen encontrado solución si accedía a los deseos románticos del hijo del dueño de la casa de “modesta comodidad” que rentaban. Sin embargo, no lo hizo y, en cambio, con su amistad y coraje logró que el muchacho se “regenera” de su calidad de explotador bajando las rentas a su cargo y abandonando su vocación de “despedazar” al inquilino. Beatriz logró además casarlo con una amiga, una joven mujer que al contrario de ella sí estaba dispuesta a venderse “al registro civil” sin suponerlo tan infame y cobarde como venderse a la “mancebía” (1921, p. 12).

La novela insinuaba la posibilidad de que Beatriz trasladara su carácter digno y fuerte a la oficina donde primaba el servilismo y la esclavitud de los empleados “sin derecho” que acrecentaban con su pasividad las ganancias de las clases explotadoras. La clase media así concebida emerge como una figura aún más débil, sufrida y dominable que una muchacha, y pusilánime en comparación a los obreros. Su destino, de no gestar un cambio de actitud, sería el de pervivir con la pobreza y la mediocridad a la que se acostumbrara como grupo.

El estereotipo de los “pobres hombres” de cabeza gacha en el escritorio, quienes escondían sus penas por miedo y vanidad, quienes sufrían de un oculto dolor social, fue abordado también por Gustavo Riccio, escritor asociado a los boedistas, conjunto de artistas que representaba la vanguardia y la literatura militante. Produjo Riccio en 1926 el libro *Un poeta de ciudad*. Un poema describía allí a la “casa de departamentos”, típica habitación de empleados no manuales que evitaban vivir en un conventillo o un lugar menos decente:

Monstruo nacido en la ciudad moderna; cabeza de palacio, cuerpo de conventillo, tú sabes del dolor más trágico y agudo: del que debe cubrirse con ricos atavíos (...) La miseria que guardas se disfraza de seda, y al hambre lo guareces tras tu portal magnífico; ¡Oh, el dolor que tus encierras que no puede gritarse y no es rabia de pobres ni hastío de ricos! (Riccio, 1926, p. 62)

Para la revista cultural *Claridad*, importantísima en la difusión y discusión de ideas de izquierda, el verso final sintetizaba la tragedia que el autor bien conocía¹⁰, la de

esa ridícula y vana clase media, víctima que no tiene ni el valor de tener rabia contra el que la oprime, y le sonríe y lo adula”, clase que se amontonaba “en el redil de los millares y millares de pobres y pobres que huyen del taller y caen en la oficina (...) los empleadillos, los sin derechos; pero con las uñas lustradas y los botines lustrados y rotos. (*Claridad*, “Un poeta en la ciudad”)

La figura del pobre empleado —el “siervo moderno”— puede ser vista hasta aquí de dos maneras: como el estereotipo de la clase media y como la médula de una identidad que se construye con emociones compartidas entre quienes quedan congregados bajo la imagen.

Otra muestra de la recurrencia de las emociones se halla en la pieza poética de 1926 “Pobre empleadillo”, escrita por Aristóbulo Echegaray. Una reseña en un diario sindicalista revolucionario elogió su autenticidad al describir el “*dolor y las angustias*” de la clase media:

Porque salir por la boca quiere decir tener fuerza y valor para gritar la verdad a los cuatro vientos. Por eso pasan los hombres encorvados y arrebañados callados en condena sin tener fuerza para gritar siquiera la esclavitud (...) El poeta descubre y muestra la metáfora de la vida de cuartel de esa república democrática de la clase media. (*Bandera Proletaria*, “Poeta empleadillo”)

10 Antes de ser literato y hasta sus primeros años de escritura, Riccio ayudó a su padre en una modesta relojería y llevaba, además, los libros contables de varios comercios, entre ellos los de la reconocida confitería El Molino.

El cuerpo desgarrado, encorvado y afeminado en sus gestos constituía una imagen corpórea estereotipada tanto en los discursos masivos que provenían de la derecha como de la izquierda. La tragedia, el sufrimiento y la “ridiculez” de un extenso sector de la sociedad argentina constituye una mirada de época que concebía a los miembros de la clase analizada como los más afectados por la crisis socioeconómica al no contar con las herramientas de lucha obreras: los sindicatos y la huelga. Asimismo, a causa de negarse a reconocer su pobreza haciendo oídos sordos a los crujidos de hambre resonantes desde los propios estómagos. Siempre preocupados por mantener una buena apariencia, como un actor “que sale con frac al escenario” cuando es un “pobre diablo” que apenas pasada la función debe “devolver el traje”. Eran ellos los de “la clase media, la gente pobre que solo piensa en ocultar su pobreza”, la que buscaba hasta la extenuación las mejores formas de esconder ante “el público” su realidad y “la tristeza profunda de no ser lo que se aspira”. Eran los de “la alfombra alquilada”, “el sobretodo que cubría harapos” y los “guantes en liquidación”; eran los de una vida cruel que tarde o temprano emergería ante los ojos de todos demostrando “la angustia de la medianía que no se conforma y vive engañando a los otros y a sí misma”. En el engaño constante esta clase abusaba de “las mensualidades”, pagos en cuotas que le dan título a la columna aquí glosada de El Hogar. La columna periodística se ubicaba a su vez en la sección “De la vida nacional” junto a otra, igual de sarcástica, llamada “S.M El Favor”. En esta última se criticaba la aparente injusticia de los favoritismos en las designaciones de empleados públicos que convertía, por caso, a despachantes de bebidas en jefes de oficinas y profesores gracias a que las recomendaciones y “retribuciones de servicios partidistas” hacían innecesarios al mérito, el estudio y la capacidad en la “consagración oficial” de nombramientos y designaciones. En ambas contribuciones periodísticas lindantes se opinaba sobre problemáticas de los sectores medios, los cuales encomendaban su posición social a un empleo público que le asegurara un ingreso —más no sea magro— para “comprar a plazos” y mantener las apariencias.

De acuerdo a lo hallado, la crítica al Estado y sus prácticas clientelistas se hacía altamente recurrente en los discursos que habla-

ban en nombre de la clase media durante los gobiernos radicales de Hipólito Yrigoyen y de Marcelo T. de Alvear (1916-1930). Pero incluso poco antes de los inicios del primer gobierno radical, *Caras y Caretas* dijo alrededor de la figura del “postulante” (de oficina pública) que este sufría como nadie la “injusticia social que permite la existencia de los sin trabajo”, aquellos atrapados en las apariencias y los prejuicios de clase que no les permiten agruparse en la calle bajo la bandera roja. Contaba el personaje central de la narrativa: “Tarde o temprano esas masas de hombres trágicos y mujeres hambrientas no van a pedir, sino a exigir detrás de la barricada”. Mientras que quienes “representaban a la clase media, la condenada a la esclavitud perpetua”, continuarán en situación de impavidez porque:

“la evolución vendría desde abajo, los obreros reivindicarían sus derechos; las clases pudientes seguirían disfrutando de sus rentas y las víctimas de la evolución serían ellos: los representantes de la sufrida clase media, que agrupa en sus filas a las verdaderas fuerzas vivas del país y que, sin embargo, no tiene la representación que debe tener dentro de la sociedad”. Con una sorprendente lucidez que se anticipaba a las características de lucha obrera extendidas luego de la Revolución Rusa, se terminaba describiendo en la novelesca crónica así a la clase media: “Masa inconsciente de energías malogradas y sentimientos apagados” (*Caras y Caretas*, “El postulante”).

Entre los numerosos ejemplos donde el sufrimiento se convertía en un rasgo esencial de la clase media, que la prensa solía asociar con otras nociones, especialmente las de «empleados» y “trabajadores intelectuales”, hay un punto en común: la necesidad de un amplio sector de ocultar o disimular las carencias y, mediante este ocultamiento, no renunciar a la condición de personas respetables, incluso sin poder costearse la comida, el traje o la habitación. Puntualmente, el problema de la vivienda fue fuente constante de sufrimiento y malestar social durante toda la década de 1920. Esta cuestión, al abordarse en el ámbito público, suscitaba una división discursiva entre las necesidades obreras y las de clase media. Es decir que se trataban como grupos distintos, con situaciones diferentes, aunque compartieran la misma necesidad de “vivienda popular” higiénica y barata. El incremento de los alquileres en 1919 se volvió acuciante, convirtiéndose en un ítem fundamental del debate nacio-

nal (Marimon, 2017), especialmente por su desarrollo en el marco de una importante baja del empleo y del salario real y de una expansión de las huelgas que en la primera parte de ese año abarcaron a más de 10.000 trabajadores (Falcón y Monserrat, 2000). El problema de vivienda explica la apertura del Primer Congreso Argentino de la Habitación en septiembre de 1920, auspiciado por el centro reformista de estudios sociales denominado Museo Social Argentino. Se comparó allí el coste de la construcción de metro cuadrado para cada clase ya que el “empleado público y de comercio” tendía al deseo de la casa individual independiente más que al departamento en casa colectiva. Esta diferencia entre clases fue también aludida en varias oportunidades durante el Congreso (*Boletín del Museo Social Argentino*). El mismo año, entre abril y agosto, la Asociación Nacional de Inquilinos encabezó manifestaciones pidiendo la modificación del régimen de inquilinato, el encarcelamiento de los especuladores y envenenadores (ante la venta de productos alimenticios adulterados) y que el Estado intervenga en los precios del alquiler, como finalmente terminó sucediendo. Si bien no es posible aseverar que en el contexto del conflicto habitacional prevaleciera entre los inquilinos movilizados una identidad de clase media, sí afirmamos que según la prensa ésta era la que soportaba con mayor rigor la carestía y el valor de los alquileres pues sus salarios no subían como el de los obreros o, dada su posición, no lograba conformarse con una o dos piezas (*Mundo Argentino*, “El precio de los alquileres”).

Otra evocación a la relación entre la clase media, sus necesidades habitacionales y el dolor por no cumplirlas, se ubica en el discurso del nacionalismo que se descubría algunas veces en la prensa popular, a menudo porque se informaban las acciones de la Liga Patriótica Argentina.¹¹ A fines de enero de 1921 un grupo de damas de la LPA solicitó al Senado Nacional que se tratara una ley de alquileres. El petitorio elevado por la comisión de damas decía:

La clase media, tan numerosa en esta capital, y que se compone de tantos hogares que sufren con estoica resignación, ya hasta

11 Devoto (2006) define a la Liga Patriótica Argentina (LPA) como una organización nacionalista, basada en principios patrióticos, y como una agrupación parapolicial que surge a consecuencia de los movimientos radicalizados dentro de la izquierda durante la posguerra.

donde es posible, el sacrificio humano, es la menos defendida hasta hoy por las leyes tutelares, y así vemos a nuestros esposos, a nuestros hermanos y a nuestros hijos, ya en el límite de lo tolerable. (*El Hogar*, “La opinión de las señoras”)

La solicitud apelaba a las emociones y a distinciones de género con hincapié en los ideales de masculinidad mancillados, y se impregnaba más de una retórica cristiana propia del catolicismo exacerbado de la LPA que de datos objetivos sobre las condiciones socioeconómicas del sector a defender. Ante la pésima situación de la clase media que retrataban las damas en representación de la extrema derecha, *El Hogar* recordó de forma irónica las menciones que sobre esa clase se realizaran en el Senado antes de las elecciones legislativas de marzo de 1920. La publicación apuntaba implícitamente a la disertación del senador conservador Joaquín V. González alrededor de “los dolores” del sector social, y lamentaba a su vez —siguiendo el artículo con el sarcasmo— que para el mismo hayan pasado los comicios. Los discursos críticos convocaban así a la clase media a alejarse del espectro político “aristocrático”. Esto también se hizo visible, por ejemplo, cuando la mayoría conservadora le dio la negativa en el Senado a las leyes de alquileres y de la expropiación del azúcar —ambas elevadas por el oficialismo— inspirando columnas mordaces que le advertían a la “*pobre clase media*” que solamente sería escuchada por la oligarquía en periodos electorales.

En el marco de la amplia línea de opiniones que a raíz del tema de la vivienda iba desde la izquierda revolucionaria a los círculos católicos, *Mundo Argentino* alzaba una crítica rigurosa a la concentración de la tierra en manos de “aristócratas propietarios del suelo”, y convocaba a la clase media a proletarizar las demandas en su oposición, así como a que se “ilustrara” sabiendo que el aumento general de precios en alquileres y productos básicos contaba con sus responsables en la cúspide social y no en los salarios obreros, versión mentirosa de “los diarios de élite” y “error difundido en la clase media” que según la revista era necesario derribar a través de mayor información. Los verdaderos culpables del sufrimiento de la clase media —y *Mundo Argentino* lo sostenía aquí taxativamente— eran los propietarios, los rentistas y los grandes capitalistas que la

dejaban sin siquiera un lugar donde vivir (*Mundo Argentino*, “Causas de la carestía de vida”) Aparecen en el discurso, por una parte, alusiones explícitas al llamado político que los sectores conservadores y de derecha le habrían dirigido a la clase media en el intento de evitar su reunión con el proletariado. Y, por otra parte, hay en la prensa popular un planteo implícito de una clase media que se iría haciendo a sí misma cuando dejara de ser un débil y sufriente objeto de la manipulación política y comenzara a hacerse cargo del poder que ostentaba en el “el gobierno y la universidad” gracias a la ampliación de las bases democráticas de la sociedad (*Mundo Argentino*, “Aristocracia y la clase media”)

El encarecimiento de la habitación junto a la privación de los productos de primera necesidad, fueron notas frecuentes alrededor de las cuales se afirmaba la idea de un pesar inherente a un sector de la sociedad argentina, ya que la oligarquía nunca los padecería y la clase obrera no los sentiría tanto: “Conviene llamar la atención que la clase media fue víctima de los aumentos acaso en mayor medida que la clase proletaria” (*Mundo Argentino*, “Precio del alquiler”). El sufrimiento de la clase media también se destacaba en *Fray Mocho* que desde una propuesta inversa a la de la solidaridad interclasista, usaba dicha emoción como argumento de impugnación del acercamiento a cualquiera de las clases antagónicas que se colocaban en el lugar de victimarias. Leemos: “La clase media es la más infortunada, por cuanto se encuentra oprimida, menospreciada por los de “arriba” y odiada por los de “abajo” (*Fray Mocho*, “La clase media procede al sindicato”).

Varias publicaciones aseveraron que gracias a las repetidas medidas de fuerza los obreros se beneficiaban con alguna mejora salarial. Por su parte, la aristocracia disfrutaba de sus tradicionales privilegios. Mientras que la clase media se tornaba la única en sufrir una situación “angustiante” ya que toda mejora en los ingresos obreros, de inmediato, redundaba en el aumento progresivo del costo de los productos que “el empleado de inferior categoría” y el “maestro de escuela” no podían pagar (*Fray Mocho*, “Un nuevo factor de lucha”). Bajo el título “Agonía de la clase media” en *Fray Mocho* (7) se retomaba la imagen de indefensión del sector social como “verdadero e inocente pedazo de jamón del monstruoso sándwich”,

más afectado en este caso por los extranjeros huelguistas que por los extranjeros comerciantes que aumentaban los productos. Se lo sopesó a través del “pobre hombre”, estereotipo frecuente y consolidado, como vemos, y del “empleadillo enfático y hazmerreir de los humoristas” que siempre terminaba perdiendo al ser comparado con los “señores chauffeurs” o con los “señores marineros”. Ellos, como obreros, contaban con la capacidad de paralizar sus tareas y “tomar vacaciones” cuando, en cambio, no había “ni solo empleado, un solo dependiente, un solo “burgués” (para decirlo pronto) que se atreva a faltar medio día de sus ocupaciones y que se incline con toda humildad ante la tarifa aterradora del sastre, del zapatero, almacenero, todos verdugos, víctimas a su vez de la mortífera marea.” La “perenne angustia” de la clase media la convocaba —continúa la nota con un cariz conservador— al deseo de “la liberación y la fuga”, atracción irresistible que no ofrecería, según la mirada, certezas en el futuro y que conllevaría posibles daños y peligros aparejados a los intentos de lucha liberadora de una clase “pasiva” nada acostumbrada a la protesta.

En contraste con *Fray Mocho*, otras perspectivas sí apreciaban que los integrantes de la clase media tiendan a “unirse y reclamar con procedimientos análogos” a los de los sindicatos obreros porque ya no les sería posible soportar la continua falta de justicia generada en una “angustiosa situación” socioeconómica: “La tercera fuerza en la lucha de clases será por su número y calidad más poderosa y tenderá a establecer un equilibrio de derechos” (*La Nota*, “Para todos los hombres del mundo”). Para tranquilizar a quienes temían profundamente que el sufrimiento del sector lo condujera a la radicalización en sus ideas, el diputado de La Rioja por el partido Unión Popular, Julio González Iramain, socialista y asiduo colaborador en *La Nota*, exponía la carencia de fundamento de aquel miedo. Sostuvo: “De un lado los que crean necesaria la revolución social y la dictadura proletaria [...] y del otro los que sin desconocer la necesidad y conveniencia de reformas fundamentales, estén por el orden y la paz social.” El diputado colocaba en el segundo polo a la clase media, y “para saber dónde estamos y evitar confusiones” esclarecía que este polo se situaba muy a la distancia de los “anarquistas, comunistas, maximalistas y bocheviques”, pues solo anhelaba “pací-



Imagen N°1. EL HOGAR, 9 de julio de 1920.

ficamente” la “nivelación de las distintas clases sociales” (p. 1766). Así como las palabras de Iramain alejaban del pensamiento revolucionario de izquierda a la clase media, simultáneamente le asignaban el anhelo “civilizado” de igualdad social, y ambas cuestiones en conjunto se orientaban a acercar al colectivo a las bases ideológicas del socialismo que en su rol político representaba.

El empleo de términos como “víctima” y “esclavo”, y otros más cínicos como “arlequín” y “pobre Cristo” —con un significado similar al de “pobre hombre”—, junto con la idea de una clase media capaz de superar el conflicto entre los extremos sociales, que pudiera dejar atrás su situación de opresión y lanzarse a la búsqueda de bienestar, equilibrio y progreso para el país, eran ítems recurrentes en diversas

fuentes. Estas fuentes, en primer lugar, expresaban compasión por el sufrimiento y la opresión “neutral” de quienes formaban parte de este sector y, en segundo lugar, lo instaban a actuar y asumir por primera vez un papel social significativo que dejara atrás la opresión entre los extremos sociales (Imagen N°1).

La prensa popular alimentaba la imagen estereotipada de una clase sufriente, no tanto por verla imposibilitada de acceder a cierto nivel de consumo, tampoco haciendo referencia a cualidades innatas basadas en diferencias biológicas o de color de piel no valoradas, sino debido a la falta de una correcta recompensa a supuestas virtudes morales y a su calidad de “civilizada” en tanto respetuosa de la ley, educada y pacífica en los momentos de violencia social atravesados por el mundo urbano. El sufrimiento no aparecía como correlato único de la estrechez económica; era mejor el resultante de la necesidad siempre presente en esa clase de guardar las apariencias y de mantener cierto aspecto social por el “temor excesivo a parecer necesitada” que la convertía en tímida y pusilánime (*El Hogar*, “A fuerza de golpes”). Sus rasgos estereotipados eran entonces los vinculados al inmutable disimulo de la escasez, de los “silenciosos infortunios” y “ocultos dolores” bajo “los cortinajes de aparentes bienestares” (*Fray Mocho*, “Un nuevo factor de lucha”) Y cumpliendo con el tradicional tópico de la vanidad y superficialidad femeninas, las mujeres de clase media se figuraban asiduamente como “expertas en el ocultamiento de su categoría social de segunda clase.” Una imagen que corporizaba a la clase media, y hacía de su intersección con el género ítem primordial en el proceso temprano de constitución de una identidad, se observa en la historia (real o ficticia, la cualidad no afecta a nuestra hipótesis) de “dos señoritas elegantemente vestidas que se ‘adhirieron’ a la mesa con la tenacidad de galápagos” y se lanzaron a engullir las bebidas y las comidas de la fiesta inaugural del edificio del teléfono. El periodista, mirándolas a la distancia, imaginaba aquello que una de las señoritas le solicitaba con el pensamiento: “No haga comentarios sobre el apetito histórico de la clase media. Somos el producto de un absurdo social, actores en el papel más trágico de la comedia humana” (*Fray Mocho*, “Un nuevo factor de lucha”).

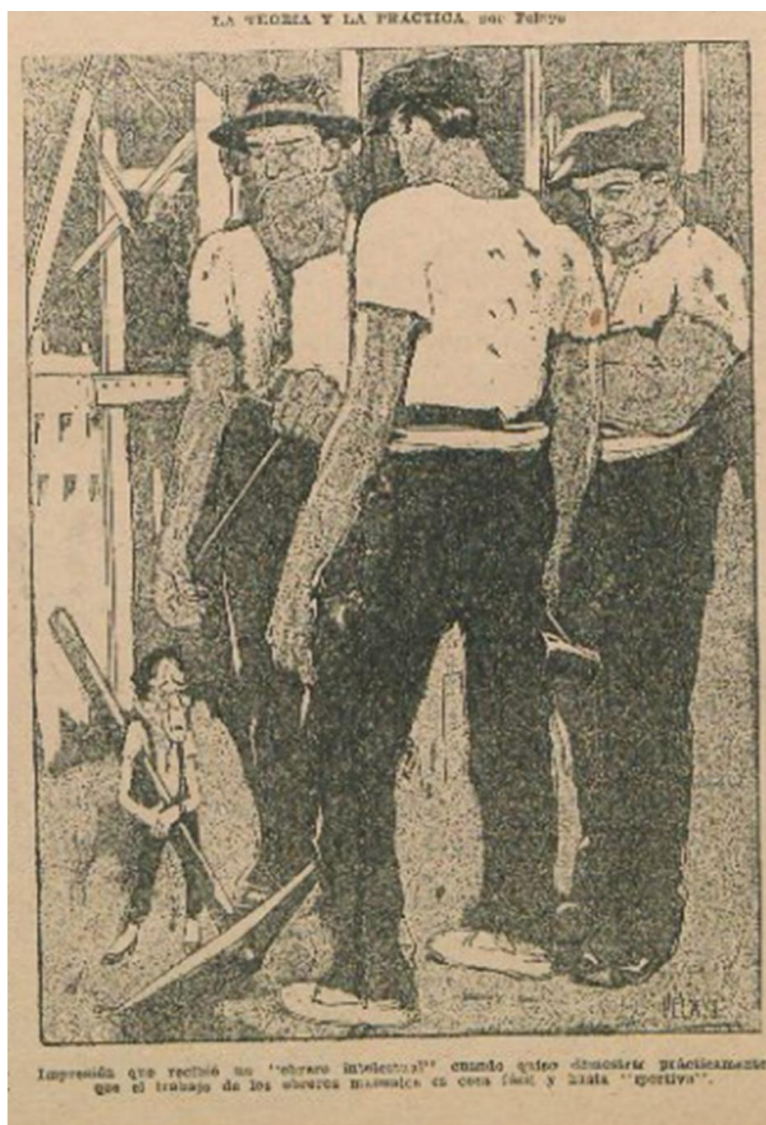


Imagen N°2. MUNDO ARGENTINO, 11 de febrero de 1920

Tímida, miedosa, vanidosa y, ante todo, ocultamente sufriente, así se trazaba a la clase media en los discursos populares que eran a su vez el producto del sentir de quienes se percibían a sí mismos dentro de dicha clase. Tales características, vinculadas a fuertes emociones sociales, trascendían la realidad de que esta clase tuviera un trabajo penoso y humillante ya que posiblemente los obreros contaran con peores condiciones laborales y, de todos modos, se los representaba

comparativamente con rasgos orgullosos y “viriles” (ostentando físicos enormes en contraste a los de empleados de escritorio o los “trabajadores intelectuales”. Imagen N° 2). Sucede que los trabajadores manuales no llevarían la pena “femenil” de preocuparse “por las apariencias” ni contarían con la necesidad de esconder su pobreza como la clase media que pretendía inútilmente en su vida diaria “ocultar el fuego cubriendo la hoguera con hojarasca seca” (*El Hogar*, “La clase media”), siempre presa de la vergüenza que era en simultáneo su grillete de prisión y su eslabón en el vínculo con la sociedad.

De la vergüenza solitaria a la acción colectiva. Entre el estereotipo y la identidad

Observamos hasta aquí la recurrencia de figuras estereotipadas que retrataban a la clase media en el sitio del “modesto empleadillo” de escritorio, el “falso burgués” y especialmente “el pobre hombre” que debido a la carestía de la posguerra empezaba a verse obligado de exhibir su situación material prescindiendo de la vergüenza¹² que lo caracterizara hasta el momento. Esta caracterización, proveniente de muy distintas autorías y resultante de muy diversas intenciones, nos lleva a pensar que la vergüenza como emoción social sirvió para afirmar un constructo identitario, al ser una pieza fundamental en la clasificación de las diferencias y las similitudes sociales, en el acceso desigual a recursos, oportunidades y estatus (Kemper, 1978; Scheff, 1988). Y al ser además la causa por la cual el sufrimiento de la clase se mantenía oculto, pues se tiende a mostrar lo que enorgullece, no lo que avergüenza. Ahora bien, ¿cómo se vincularon las imágenes estereotipadas de la clase media con la vergüenza en diferentes discursos masivos? Repasaremos en lo siguiente algunos casos.

12 Al referirnos a la vergüenza, nos basaremos en las definiciones de Elías, quien describe este sentimiento como “una excitación específica, una forma de miedo que se presenta de manera automática y habitual en el individuo por motivos concretos.” Este miedo tiene una naturaleza dual: por un lado, se relaciona con el temor a sentirse inferior ante los demás; por otro lado, también refleja un desagrado en el individuo que teme ser subordinado, al no poder protegerse “de este peligro a través de un ataque físico directo u otra forma de agresión.” (499).

Para empezar, vemos que la inserción de sectores no tradicionales en la universidad y en las profesiones liberales despertaba, por un lado, el contento de periodistas que la describían con el optimismo de pensar en una Argentina más abierta y menos elitista; por otro lado, se disponían discursivamente mecanismos de cierre social que estereotipaban y se burlaban de los modos inadecuados y extravagantes de los *parvenus* de clase media en las aulas. Esta burla extendía el efecto jerarquizante de la vergüenza, llevándola de la realidad social a la letra de molde y viceversa. Los personajes burlados podían retratarse como una “casta imbeciloide” de “advenedizos y trepadores” que intentaban sin éxito emular los gestos de los “pitucos” y “pingüinos” (por la utilización del frac) y la estética aristocrática ocultando por vergüenza sus orígenes, sin entender que la estatura moral y cultural de su clase podría elevarse por sobre la de la oligarquía (*Mundo Argentino*, “El señoritismo”).

Luego, hallamos que se presentaba en variados discursos la idea de una supuesta superioridad de la clase media frente a los polos sociales, y que esta superioridad se vería impedida de desarrollarse por un tipo de “vanidad femenina”. La vanidad aparecía aquejando a los miembros del colectivo social, convirtiéndolos en personajes abyectos en desmedro del rol ejemplificador que deberían dar frente al pueblo. Las referencias a las falsas apariencias –asociadas a la vergüenza de mostrar la situación económica real– ofrecen muestra de cierta superficialidad que convertía a la clase media en una “hortera”¹³ y vanidosa, y la hacía alejarse de los sectores más bajos cuando se les debería acercar para guiarlos:

Los que debimos ser ejemplo de los humildes, somos vil remedo de los poderosos, los que debimos llevar con altivez la blusa del obrero para enseñarle, vestimos con jactancia el frac del aristó-

13 La palabra “hortera” tenía dos interpretaciones, se la podía utilizar como empleado de tienda de ropa y también como varón que pretendía ser elegante resultando muy atento a su aspecto exterior. Olivari en *La carne humillada* (1922) lo integra a la clase media menos afortunada: “Hace la argamasa el dinerillo ahorrado pacientemente por el hortera, por el estudiante pobre, por el ínfimo empleadillo ganapán con catorce horas de trabajo, ciento veinte pesos de sueldo y obligado a ostentar camisa pulcra lo menos dos veces por semana” El hortera solía caracterizarse desde décadas atrás como una figura andrógina y puntillosa, con prejuicios de clase muy marcados aunque su salario fuese inferior al promedio para trabajos no manuales.

crata para imitarle. Y en esa perpetua farsa para imitar lo que no somos, rivalizando entre nosotros para representar la comedia con más realidad, perdemos las nociones de nuestras dignidades y derechos [...] nuestra misión es permanecer siempre en el fondo...”¹⁴ (*Caras y Caretas*, “El Postulante”)

No solamente se dañada la masculinidad de los miembros de la clase media a través de señas textuales e imágenes que frecuentaban describirlos como hombres vanidosos, puntillosos y andróginos buscando sin éxito parecerse a la oligarquía, sino que en otros casos se los presentaba con trajes rasposos o con manos en los bolsillos que daban cuenta de su inactividad, debilidad y escasa capacidad de acción varonil. Observamos una caricatura que resumía “Cómo se siente un hombre de clase media en una reunión de personas elegantes” (*Mundo Argentino*). Allí un hombre sonrojado, de gesto avergonzado y tenso, vestido con un frac deshilachado, con manos y pies enormes, tomaba el té con una fina dama. Se representaba de este modo, signada por la vergüenza y el pesar, cierta “hexis corporal” (Bourdieu, 1991) como conjunto de disposiciones prácticas, físicas, maneras de caminar y gesticular, que corporizaba a la clase media antes de enunciarla, más demarcada con un cuerpo estereotipado y con emociones negativas que socioeconómicamente delineada mediante criterios objetivos. Sin embargo, las problemáticas económicas desde 1918 habrían ido estimulando en la clase media el abandono progresivo de algunas de estas “negativas características históricas” y habrían llevado a una “transformación de conciencia”, si le creemos a las auspiciosas afirmaciones escritas en *El Hogar* por Ruiz López, periodista y maestro. Él aseguraba que al interior de “su clase” el trabajo y las carencias no constituían ya una vergüenza, y que muchos de sus miembros estaban comprendiendo lo insensato de “sufrir silenciosamente los dolores teniéndolos ocultos”, animándose por primera vez a manifestarlos públicamente, sin importarles el “qué dirán” y con la noble meta en mente de arribar a una solución eficaz entre todos. El artículo comprendía un evidente llamado a la solidaridad con los obreros en línea al deseo de terminar con “los años de vergüenza” que condujeron a la clase media a no aplicar la

14 *Caras y Caretas*, 13/05/1916

protesta individual ni colectiva, tampoco a sindicalizarse cuando su tranquilidad diaria se veía más perturbada que la de las otras clases, al sufrir en solitario continuamente por el acoso de “el casero que eleva los alquileres, por el almacenero que tiene que vender caro y restringe el crédito, por el carnicero y el panadero que no venden barato”. La novedad aquí es que quien escribía asumía la identidad de clase sin miramientos ni profundas aclaraciones y que el núcleo de su identificación era constitutivamente emocional para, desde ese lugar, hablarles a otros integrantes de su clase. Afirmaba pertenecer y convivir con ellos, y a partir de ese conocimiento expresaba que el vínculo con el proletariado se iba convirtiendo entre los miembros de la clase media en condición sine qua non de anhelar abandonar el papel vergonzoso que cumplían: el de “*eterno hazme-reir*” de la aristocracia. Explicaba Ruiz López:

Para la clase media el obrero era el ejemplo de la falta de distinción, la tosquedad áspera, la pestilente ordinariez, la ausencia de educación, la carencia de sentimientos, y lo que es peor todavía, la pobreza no disimulada [...] En lugar de esforzarse por considerar al proletariado como un compañero de penurias, de sufrimientos y miserias, en vez de procurar elevarle hasta lograr colocarle a su altura, para formar un cuerpo social inteligente, valeroso de una fortaleza formidable, la clase media pareció empeñada contantemente en alargar la distancia que la separaba del proletariado. (*El Hogar*, “Clase media”)

El autor advierte cómo “su” clase evaluaba a la obrera desde una carga oprobiosa que incluía suciedad, ignorancia, ordinariez y lo que sería peor: el no ocultamiento de la pobreza atravesada. Y si bien en la nota periodística exponía el deseo de hermandad con el proletariado unido en pesares comunes, el dolor que padecía la clase media se representaba como bastante más agudo al alegarse que al pesar de la pobreza se le sumaba el plus de tener que ocultarlo: “Si no ha sido la más sufrida de las clases sociales, ha sido siempre la que más ha sufrido”.

Similar optimismo en relación a las solidaridades interclasistas en gestación se deduce de “¿Está en decadencia la clase media?”, nota que festejaba el fin de los años de inercia para el colectivo y el

proceso de proletarización ideológica reflejado por las luchas que los sectores no obreros fueron desarrollando en Europa y en nuestro país:

Lo presagia, con toda claridad, las huelgas de los empleados de comercio y del banco, de actores, de periodistas, de maestros, de ciertas clases de empleados nacionales, de telegrafistas [...] La clase media abandona, aunque sea muy lentamente, su papel de baluarte de la reacción. (*Mundo Argentino* 6)

En la columna se denostaba la tendencia de derecha que procuraba evitar la unidad entre clases, y más precisamente la xenofobia entre quienes hablaban de la clase media partiendo del desconocimiento de su dolor y colocándola a las antípodas del inmigrante europeo huelguista, cuando en verdad el “enemigo” se situaba en el puñado de familias que acaparaban el suelo y el poder de forma déspota. Surgía, en paralelo, la alegría motivada por una clase media que, aparentemente, dejaba de ser sostén de la élite para pasar a organizarse orgullosamente en nombre de sus derechos y junto a los obreros. Esta celebración difería un tanto de las posiciones más moderadas e incrédulas respecto al rumbo de la proletarización ideológica. Estas esperaban que la clase media abandonara en solitario, sin solidaridades con los obreros, su condición de “vergonzante hombre sándwich”, librándose de “la esclavitud”, pero sin acercarse a las luchas radicalizadas, y conformando sus federaciones como un bloque aislado cuya identidad separada le permitiera “imponer” leyes a las otras dos clases que eran igual de terribles: “dos vagones cargados de ambiciones, codicia y envidia” (*La Nota*, “De Río Gallegos a Punta Arenas”).

A pesar de las discrepancias en relación a qué tanto se debían aproximar los intereses de la clase media a los de la obrera, aparecía en la prensa masiva un evidente sitio de acuerdo: se trataba de un momento crucial, tiempo de dejar de lado las vergüenzas y renunciar al sufrimiento silencioso y estoico. Seguidamente, coincidían en que el obrero, gracias a la lucha sindical, consiguió mejorar sus circunstancias económicas al tiempo que la clase media se empobrecía por ser “refractaria al traqueteo y turbulencia de la plebe” y vivir acostumbrada al dolor pasivo que empeoraba diariamente

(*Fray Mocho*, “La clase media procede al sindicato”) La caricatura “El obrerismo y la clase media” expresa de modo sintético la visión estereotipada más extendida sobre la clase. Observamos a un payaso mal vestido en presencia de un obrero elegante y de mueca altanera que lo inspecciona desde arriba, sentado en un trapecio de circo y ondulando una bandera que muestra el valor de su jornal mínimo. El obrero interroga al payaso: “¿Por qué no estás tú aquí?” Y el payaso responde: “Porque a mí siempre me toca el papel de zonzo” (*Mundo Argentino*, “El obrerismo y la clase media”. Imagen 3).

El papel de zonzo o de “eterno pato de la boda” que le tocaba en el contexto de aumentos de precios al “empleado, el maestro, el dependiente, el pequeño rentista, el profesional, el colono, el chacarero”, conformaba - a decir de las fuentes- un “monótono drama” (Fray Mocho, “Las tarifas ferroviarias y la clase media”) del que solo se saldría adquiriendo por primera vez cierto orgullo de clase. La recurrente utilización del bagaje emocional como técnica dirigida a orientar la acción de la clase media, o como modo de describirla, se presentaba inclusive en las posiciones ideológicas de extrema derecha. Hasta el propio Manuel Carlés, presidente de la Liga Patriótica Argentina, realizaba alusión al sufrimiento y la vergüenza del empleado de clase media, aquel que definía como no rentista ni capitalista: “La pobreza vergonzante es más triste que la escasez resignada y lacera más la levita raída que la blusa rota” (*Caras y Caretas*, “Nuevos rumbos”).

También, sobre la vergüenza como carácter a barrer de la clase media, en la *Revista Empleados y Obreros*¹⁵ se puntualizó la forma en que esta emoción “atacaba” a los empleados —y no a los obreros— que aspiraban a algún puesto, “como si el trabajo o estar desocupado fuera un delito”, y por esa razón ocultaran su nombre y hasta sus iniciales al ofrecer sus servicios en la prensa. La inexplicable vergüenza constituía un “defecto de determinada clase social” (*Empleados y Obreros*, “Un problema”). A colación del tema,

15 Órgano Oficial de los empleados y obreros de servicios públicos, tranvías, teléfonos, telégrafos, radio, gas y electricidad.



Imagen N°3. MUNDO ARGENTINO, 8 de diciembre de 1920.

el escritor y periodista, antiguo telegrafista, Carlos Sanguinetti¹⁶ se congraciaba con la erradicación progresiva de la emoción referida al narrar lo que él vislumbraba dentro de “*su clase*”: ya no buscaban aparentar más de lo que en realidad tenían y el fenómeno, decía, se estaba haciendo tan evidente que hasta se contemplaba parodiado y denunciado en los comediógrafos:

Esta gente, como sintiéndose avergonzada de pertenecer a la clase media, procuraba aparecer con exterioridades de burgués, gente bien o poco menos. No faltaba quien para conseguir lo llegaba a reducir el presupuesto de la cocina. En épocas mejores el empleadillo de cien pesos usaba para el diario trajes de ochenta, botines acharolados, corbatas de seda y guantes de gamuza. Y había quien gastaba bastón con puño de plata y alhajas...falsas. (*El Hogar*, “Destruyendo viejos prejuicios”)

Ya a inicios de los años veinte la clase media comienza a tomar una presencia relevante en el lenguaje popular y a surgir con claridad en discursos de autorepresentación. Parece ubicarse aquí el pasaje entre el estereotipo difundido en la prensa y un tipo de sentir y sentido de pertenencia que se extendía entre amplios sectores y los aglutinaba para darse una identidad cada vez más definida. Esta identidad tuvo en la vergüenza (y su aparente proceso de retirada) un rasgo principal:

Empieza a dar vueltas en la cabeza (...) ya no siente vergüenza de pertenecer a la clase media. Ahora confiesa paladinamente que hizo dar vuelta o teñir el traje. Ya no habla de grandezas ni exagera el valor de sus prendas, Por el contrario, tiene vanidad de ‘pichincheró’. Hay que reconocer que la carestía de vida en medio de tantos malos ha hecho algo bueno. (*El Hogar*, “Destruyendo viejos prejuicios”)

16 El 01/10/1919, el mismo autor comentaba en *Mundo Argentino* en relación a los sucesos políticos que en Perú daban lugar al periodo llamado “Patria Nueva” (1919-1930): “La educación popular y la alta cultura se han difundido, la clase media se ha desarrollado en nuestro continente y las masas antes inertes se han convertido por fin en proletariado activo”

Es desde el reconocimiento de la vergüenza como propiedad en común de un grupo social y desde el sufrimiento que por ella se mantenía oculto, que se va presentando una realidad compartida entre quienes eran identificados y se identificaban con la “clase media”. Podemos pensar que se configuró en la época una comunidad emocional a gran escala integrada por todos quienes no se sentían parte de los polos sociales, se consideraran personas disminuidas en su estatus, víctimas de la conflictividad y de un escenario económico que las hallaba inermes. La vergüenza de clase, y no el orgullo de clase, confirmaba que un heterogéneo y numeroso grupo de argentinos y argentinas integraban un mismo sector de la sociedad en el que confluían las mismas emociones frente a la misma realidad, y no eran simplemente el resultado de la voz prejuiciosa de un editorialista o el trazo estereotipado de un caricaturista. En ese sentido, cuando los autores referidos hablaban de “su” clase y para “su” clase, lo hacían expresando un pesar inherente al colectivo que ellos mismos conformaban. Por ejemplo, cuando el Coronel Rodríguez describió la penuria moral de la clase media, lo hizo desde su propia penuria – porque decía conocerla desde el centro-, aquella proveniente de los deseos constantes y muchas veces infructuosos de ocultar la penosa vida realmente vivida:

No quiere parecer pobre y necesita y no pudiendo competir con la clase pudiente, vive disimuladamente su precaria situación. A veces uno de los de este gremio llega hasta la zoncera para disimular la flacura de sus bolsillos, de dar de propina las únicas monedas que tiene y se larga a pie a su casa [...] pero ha satisfecho su vanidad de hidalgo vanidoso y se contornea satisfecho antes si mismo al ver que el sirviente se inclina ante su generosidad [...] tampoco quiere alternar con la clase obrera [...] más que todo porque se presenta con su pobreza en exhibición.
(*La Nota*, “De río Gallegos a Punta Arenas”)

Se repite en el discurso la exhibición de la pobreza -la sinceridad de la miseria sin cuidar las apariencias- como acto causante en la clase media de un mayor desagrado dirigido al obrero. Como si en el proceso de ocultamiento —en la vergüenza— y en sus rituales (exagerar propina, teñir el traje, cuidar la fachada del hogar) se loca-

lizara la llave doble de distinción individual y de opresión social que la convertía en un grupo social específico y distinto de otros.

La imagen de pobres hombres sufrientes y avergonzados, “*pesimistas y acobardados*”, se sitúa bastante lejos del imaginario del ascenso social que triunfara entre los años veinte y treinta (Karush, 2013; Rocchi, 1998; Tossounian, 2021). Varias publicaciones, desde el elogio a sus valores morales e intelectuales supuestamente no recompensados por la sociedad o desde la crítica a un carácter vanidoso y superficial en proceso de retroceso, y –lo más relevante– a través de voces que se identificaban con la clase media y extrapolaban la experiencia personal a un vasto grupo, la convocaban a la búsqueda de un mejoramiento social y aspiraban a convencerla de que dicha búsqueda no se originaba en desvaríos extremistas ni resultaba de la “cabeza de un anarquista”, sino de la “sensatez del dolor” (*El Hogar*, “A fuerza de golpes”).

La vergüenza, emoción social fundamental que organiza y cristaliza las diferencias entre sectores, tanto como refleja y exacerba las condiciones de desigualdad, se depositaba en aquellos y aquellas que no deseaban mostrarse inferiores y ejercían la autocoacción conteniendo los impulsos y comportamientos que se creían no civilizados, con el fin de no transgredir las normas sociales vigentes.¹⁷ Es probable que el malestar extendido por el esfuerzo que implicaba la autocoacción, fuese parte de una estructura del sentir: la preemergencia de una clase que venía a romper con el esquema de sociedad binaria y denunciar sus males señalando menos los problemas generales (injusticia, explotación, desigualdad) que los individuales y domésticos (los de quien no podía pagar el alquiler o comprarse un traje). El control sobre la violencia o la agresividad que pudie-

17 La autocoacción funciona como una coacción que se imponen los individuos a sí mismos de manera natural, regulando sus afectos, conductas y emociones. Elías sostuvo que durante el surgimiento del Estado Moderno —con su aparato de vigilancia y control— esta regulación o contención deja de precisar de prohibiciones externas y se la comienza a modelar a través de sentimientos como el miedo y la vergüenza. La internalización en la conciencia de las formas externas de control torna a los sujetos “civilizados” al ser capaces de frenar una serie de impulsos corporales, pasiones y emociones espontáneas que se perciben socialmente como inciviles, y por tanto ajenos a la norma social fundamentada en relaciones de poder. Según Elías el cumplimiento de la norma, por autovigilancia y autocontrol, comprende un elemento importante en la diferenciación social de las personas desde la Modernidad.

ran realizar los individuos en su propio comportamiento parecía no ser la senda del estatus ascendente en el contexto de conflictividad social extrema, sino el de su caída para los grupos categorizados como “clase media” que empezaban a procurar estructurar en forma inversa a la dominante la vergüenza y los miedos. En ese plano, frente a una cultura de lucha social que indicaba como enemigos sociales a los políticos, los capitalistas y los dueños de la tierra, y en el marco de la radicalización por derecha y por izquierda, el Estado mostraba alguna endebles a la hora de pacificar-neutralizar a la parte más “civilizada” de la sociedad que, siguiendo a Elías, es la que mejor reprime y esconde sus emociones (p. 452)

Venimos mencionando que en distintas fuentes se presentaban los sufrimientos ocultos del sector social de los empleados ante la búsqueda incesante de la recomendación, ante la falta de un traje decente, ante el menosprecio de la aristocracia y de los obreros, ante la imposibilidad de pagar el alquiler, ante los ascensos que no se daban y la zozobra constante de perder el empleo. Observamos en estos aspectos el origen de la vergüenza entre diversos actores sociales calificados como clase media, justamente por verse representados –hasta caricaturescamente– en tales emociones. Creemos en la contribución de las mismas a la identidad de clase, en tanto aglutinaban a los distintos individuos y grupos aun sin haber consolidado ellos un arco gremial o político. Su comunidad era de tipo emocional. En efecto, hay fuertes indicios de una identidad de clase media que se presentó primero como una imagen estereotipada basada en emociones, imagen fundada y extendida sobre todo por quienes se identificaban con esta clase. Esto último se afirma teniendo en cuenta que muchos de los lectores que disfrutaban de la expansión del mercado editorial y de la amplitud de opciones impresas, eran a la vez escritores. Ambos roles se intercambiaban con asiduidad entre aquellos que hacían las veces de periodistas y literatos en diarios y revistas siendo maestros, profesionales, empleados o militares de mediana jerarquía (Saítta, 1998).

De alguna manera la pregunta por el proceso de construcción de una identidad de clase media entre la gente común puede responderse si atendemos a las ideas expresadas y, simultáneamente, a las trayectorias particulares de quienes escribían y publicaban inte-

grándose con sus discursos a ese colectivo describiéndolo desde una posición subjetiva y estereotipada que expresaba una estructura de sentimiento y, en más de un sentido, iba produciendo identidad en el marco de una interacción dinámica con el público.¹⁸ En ese rumbo, se considera no casual que muchos de los autores citados en este artículo fueran docentes, telegrafistas o tuviesen un pasado como empleados de escritorio.

Por otra parte, la ostensible aparición de la clase media (y su estereotipo) en la prensa popular pone de manifiesto el valor que la cultura masiva le iba otorgando en pos de una transformación social. Para *Mundo Argentino*, por ejemplo, la clase media no era débil y su fortaleza se estaba demostrando en que reemplazara en el gobierno a la aristocracia.¹⁹ Esta mentirosamente se asumía como su protectora cuando en verdad los capitalistas y los terratenientes sucumbirían sin el apoyo de la clase media frente a las masas proletarias (*Mundo Argentino*, “La debilidad de la clase media”). El falso discurso aristocrático precisaba invariablemente del sostén de la clase media en la reconquista del “poder político” y para “reinstalar una dictadura”, a tales fines le convenía la sumisión y el silencio del sector que tendría por ello -solicitaba la revista- la obligación de salir del estado de manipulación y propiciar acciones independientes en contra de los acaparadores, intermediarios y especuladores. Un sector que debía pasar de la pasividad y la vergüenza al reclamo: “Todo depende de la inteligente acción política de la clase media para orientar e impulsar a los gobiernos”. La lejanía entre la cúspide y el medio de la sociedad argentina se expresaba allí particularmente en la censura que los dueños de las tierras (“mezquinos”, “despreciables”) le realizaban a la Ley de Alquileres (1920). La crítica de la oligarquía a la legislación que le colocaba un freno al precio de la renta demostraba así un escenario “de intereses irreconciliables

18 Es interesante observar a este respecto el ejemplo del maestro y escritor Soiza Reilly, autor de la novela ya citada *Un Hombre Desnudo*, y afamado periodista en numerosos periódicos y en la radio hasta los años cincuenta. Él se describió en su autobiografía como un muchacho de la “medianía social” que se pudo destacar entre la plebe.

19 La alusión se debe a que con la Ley Sáenz Peña (1912), y con el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922) llegado al poder gracias a la misma, había finalizado el Régimen Oligárquico e iniciado un periodo de apertura democrática.

entre la aristocracia y la clase media ante la cual la primera suele agitar el coco de la revolución social sabiéndola muy asustadiza” (*Mundo Argentino*, “Causa de la carestía de vida”).

La vergüenza, debilidad y miedo frente a los poderosos es retomada por *Mundo Argentino* meses después de cerrado el debate público por el precio del azúcar que ocupó casi toda la segunda mitad del año 1920, pero ahora en términos antitéticos en cuanto a lo que venía sosteniendo la publicación sobre la proximidad del sufrimiento obrero con el de la clase media:

Cada nueva mejora del proletariado afecta en términos económicos a la llamada clase media [...] pues el capital y el trabajo se alían de cierta manera contra el consumidor, aumentándole progresivamente el costo del artículo sin aumentar su utilidad [...] La clase afectada por el aumento progresivo de los consumos es la clase media porque es la única que soporta directa e indirectamente los efectos de la suba sin participar en ningún tipo de beneficios. (*Mundo Argentino*, “La clase media y el encaucamiento de la vida”)

El artículo volvía sobre el pesar de una clase instalada entre los polos sociales y víctima del provecho de ambos, cuya única huelga posible era la que ya había tomado hace tiempo, “la huelga al consumo”, sin traje completo, sin zapatos nuevos y viviendo de pucheros mientras, avergonzada, escondía sus necesidades. El vínculo entre la clase media y el universo de consumidores —más no de trabajadores pobres— la alejaba del espectro proletario y de la protesta que el mismo periódico otrora quisiera estimular.

Los distintos discursos hallados demuestran que en un lapso de tiempo muy breve se produjeron oscilaciones entre la idea de una clase media que podía ser fuerte y valiente —si se lo proponía— y desde allí instituirse como colectivo activo, y la idea de una clase media que era histórica e inevitablemente débil, sufrida y avergonzada de su condición, tal como se la mostraba en las imágenes más estereotipadas. Que en el conjunto de fuentes aquí analizadas haya prevalecido el último tanto del par en tensión en discursos que recorran variables ideológicas diversas y dirigidos al gran público entre 1919 y 1925, significaría que la categoría “clase media” asociada a

la vergüenza y el sufrimiento secreto resultaba más efectiva para su interpelación y convocatoria, tanto entre quienes la convertían – desde los sectores más conservadores- en una estoica víctima de las huelgas obreras y la violencia social, como entre quienes la representaban en el lugar del “pobre hombre” humillado y hazmerreír de los ricos y poderosos. Esta última figura resultaba ser la más utilizada por aquellos que se calificaban a sí mismos como integrantes de la clase media.

Conclusiones

Hemos hecho un esfuerzo por desnaturalizar la categoría “clase media” contextualizándola e insertándola en el campo discursivo. Este campo contribuía a darle forma e identidad a los actores sociales reunidos estereotipadamente dentro de la categoría entre fines de los años diez y comienzos de los veinte. Gente bien, cursis, arribistas, ganapanes, parvenus, horteras, pitucos, pingüinos, burguesitas y pobres empleaditos, son los tipos y estereotipos sociales que han recorrido tangencialmente el artículo y que circulaban con intensidad en la prensa popular, pero también en la militante, en el teatro y la novela. Se los asociaba a distintos sectores de la sociedad argentina y se les asignaba características inflexibles, como a todo estereotipo. En ese variopinto universo social registrado por la letra de molde es que surgió la “clase media” como categoría fuertemente representada a través de las emociones de vergüenza y sufrimiento oculto entre los empleados (trabajadores no manuales). Todo ellos, afectados por los problemas económicos de la posguerra. Todos sometidos a la “humillante politiquería”, a la conflictividad obrera, a las apariencias “aristocráticas”, al estricto control sobre su moral; obligados y obligadas a resguardar el honor u orientados y orientadas por la vanidad personal.

A partir de allí remarcamos la existencia de la identificación de un amplio colectivo social con la clase media que pareciera haberse ido construyendo inicial y principalmente más en base a fenómenos emocionales que a causa de fenómenos económicos, políticos o raciales, aunque, por supuesto, se mezclen y entrelacen. Porque

desde las emociones se lograba marcar fronteras sociales, aglutinar lo diverso de la clase, convertirla en una comunidad y centrarla en un mismo sentir no construido desde arriba y más apegado a los significados y valores, prejuicios y generalizaciones, que corrían por debajo en la sociedad y que se apreciaban en discursos masivos. ¿Podemos considerar entonces que desde principios de los años veinte hay un quiebre o un momento histórico significativo en el surgimiento de una identidad de clase media, dado que comienza a ser nombrada de manera masiva? Nuestra respuesta aquí es que, si no entendemos la clase media como una categoría performativa, no deberíamos preocuparnos tanto por identificar el momento preciso en que esta expresión se extiende.

Esto significa que la enunciación de la categoría no implica un acto mágico que constituya de inmediato la realidad o la conciencia colectiva de una tercera clase que irrumpe en una sociedad binaria, tal como afirman las interpretaciones historiográficas más recientes que era la sociedad argentina. En cambio, existe una realidad previa como una estructura del sentimiento, y es posible que un concepto se materialice y se estereotipe antes de ser enunciado, e inclusive al ser enunciado lo haga bajo un cuerpo ya presente, como el de los “pobres hombres”: varones flacuchos y desgarrados, sufrientes y avergonzados por vestir una levita raída y un traje teñido. La categoría clase media se fue llenando de acciones y de rasgos identitarios diversos y en tensión, estos pudieron encontrar un elemento aglutinante en las emociones y en los estereotipos intragrupo afines a las mismas.

Referencias bibliográficas

- Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Planeta.
- Adamovsky, E. (2015). Anexo para la séptima edición: Observaciones teóricas y metodológicas a propósito de *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Planeta.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Taurus.

- Devoto, F. (2006). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Siglo XXI.
- Elias, N. (1993). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.
- Falcón, R. y Monserrat, A. (2000). Estado, empresas, trabajadores y sindicatos. En *Nueva Historia Argentina. Tomo VI: Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Sudamericana.
- Garguin, E. (2009). Los argentinos descendemos de los barcos. Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960). En E. Garguin y S. Visacovsky (Eds.), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Antropofagia.
- Karush, M. (2013). *Cultura de clase: Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*. Ariel.
- Kemper, D. (1978). *A social interactional theory of emotions*. John Wiley & Sons.
- Marimon, M. (2017). *The housing question in Buenos Aires, 1900-1925. Reformism, technical imagination, and public opinion in an expanding metropolis* (Tesis de Doctorado). Princeton University.
- Pérez, I. y Bjerg, M. (2023). Las emociones en la historia del trabajo: posibles abordajes analíticos. *Anuario IEHS*, 38(2), 281-297. <http://hdl.handle.net/11336/218636>
- Pierini, M. (2004). *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927): Un proyecto editorial para la ciudad moderna*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Rivera, J. (1988). *El escritor y la industria cultural*. Atuel.
- Rocchi, F. (1998). Consumir es un placer: La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado. *Desarrollo Económico*, 37(148). <https://doi.org/10.2307/3467411>
- Romero, L. A. y Gutiérrez, L. (2007). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Sudamericana.
- Rosenwein, B. (2006). *Emotional communities in the early Middle Ages*. Cornell University Press.

- Tossounian, C. (2021). *La joven moderna en la Argentina de entreguerras: Género, nación y cultura popular*. Prohistoria Ediciones.
- Saítta, S. (1998). *Regueros de tinta. El diario CRÍTICA en la década de 1920*. Sudamericana.
- Sarlo, B. (1985). *El imperio de los sentimientos*. Catálogo Editora.
- Scheff, T. (1988). Shame and conformity: The deference-emotion system. *American Sociological Review*, 53(3), 395–406. <https://doi.org/10.2307/2095647>
- Tajfel, H. y Turner, J. (1986). The social identity theory of intergroup behaviour. En S. Worchel y W. Austin (Eds.), *Psychology of inter-group relations*. Nelson.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Península.

Fuentes hemerográficas

- “¿Cómo sería usted si fuese obrero?”. *El Hogar*, 24 de septiembre de 1920.
- “¿Está en decadencia la clase media? *Mundo Argentino*, 11 de febrero de 1920
- “A fuerza de golpes”. *El Hogar*, 9 de julio de 1920.
- “Agonía de la clase media”. *Fray Mocho*, 2 de marzo de 1920
- “Aristocracia y clase media”. *Mundo Argentino*, 15 de septiembre de 1920
- “Causas de la carestía de vida”. *Mundo Argentino* 5 de mayo de 1920
- “Clase Media”. *Mundo Argentino*, 20 de agosto de 1919
- “Cómo se siente un hombre de clase media en una reunión de personas elegantes”. *Mundo Argentino*, 2 de mayo de 1920.
- “Conformación de la Federación Argentina de Obreros Intelectuales”. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo XCI, Segundo Semestre de 1921.
- “La carestía de la vida”. *Crisol*, 12 de enero de 1921.
- “De la vida nacional”. *El Hogar*, 11 de julio de 1919.
- “Delirio reaccionario”. *La Vanguardia*, 7 de abril de 1920.
- “De Río Gallegos a Punta Arenas”. *La Nota*, 8 de julio de 1921



- “Destruyendo viejos prejuicios”. *El Hogar*, 6 de agosto de 1920.
- “Dolor y sinceridad”. *La Nota*, 8 de octubre de 1920.
- “El hogar de los empleados”. *Crítica*, 12 de marzo de 1920.
- “El obrerismo y la clase media”, *Mundo Argentino*, 8 de diciembre de 1920
- “El Postulante”. *Caras y Caretas*, 13 de mayo de 1916.
- “El precio de los alquileres”. *Mundo Argentino*, 3/07/1920.
- “Causas de la carestía de vida. Datos para la ilustración de la clase media”. *Mundo Argentino*, 5 de mayo de 1920.
- “El señoritismo”. *Mundo Argentino*, 3 de abril de 1918
- “Federación Argentina de Obreros Intelectuales”. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo XV, Segundo Semestre de 1920.
- “Hasta cuándo continuaremos así”. *Mundo Argentino*, 9 de mayo de 1919
- “La carestía de la vida”. *Crisol*, 12 de enero de 1921.
- “La clase media en América”. *Mundo Argentino*, 2 de julio de 1919
- “La clase media procede al sindicato”. *Fray Mocho*, 6 de junio de 1920.
- “La clase media y el encarecimiento de la vida”. *Mundo Argentino*, 8 de diciembre de 1920.
- “La clase media”. *El Hogar*, 7 de mayo de 1920.
- “La debilidad de la clase media”. *Mundo Argentino*, 14 de abril de 1920
- “La ley de alquileres”. *Mundo Argentino*, 15 de septiembre de 1920
- “La opinión de las señoras”. *El Hogar*, 4 de junio de 1921.
- “La semana al día”. *Caras y Caretas*, 25 de octubre de 1919
- “La tiranía de los esclavos sobre los libres”, *La Obra*, 5 de noviembre de 1917.
- “Las empleadas”. *Atlántida*, 13 de enero de 1920.
- “Las mujeres que fuman”. *Caras y Caretas*, 27 de marzo de 1920
- “Las tarifas ferroviarias y la clase media”. *Fray Mocho*, 15 de febrero de 1921
- “Nuevos rumbos”. *Caras y Caretas*, 27 de diciembre de 1919.
- “Para todos los hombres del mundo”. *La Nota*, 7 de mayo de 1920.

- “Poeta empleadillo”. *Bandera Proletaria*, 19 de diciembre de 1926.
- “Precio del alquiler”. *Mundo Argentino*, 20 de noviembre de 1919.
- “S.M El favor”. *El Hogar*, 11 de julio de 1919.
- “Un nuevo factor de lucha”. *Fray Mocho*, 6 de junio de 1920.
- “Un pobre hombre”. *Cuasimodo*, 2ª decena de febrero de 1921.
- “Un poeta en la ciudad”. *Claridad*, 1 de julio de 1926.
- “Un problema”. *Empleados y Obreros*, 15 de agosto de 1922.
- Primer Congreso Argentino de la Habitación. *Boletín del Museo Social Argentino*, 5 al 13 de septiembre de 1920, Tomo IX, Nº 96.

Fuentes impresas

- Carrizo, C. (1921). *El dolor de Buenos Aires*. Editorial Tello.
- Carrizo, C. (1921). *Beatriz Llorente*. La Novela Universitaria.
- Cayol, R. (1920). *Los espantajos: Comedia en tres actos*. Bambalinas.
- Echegaray, A. (1926). *Poeta empleadillo*. Editorial Hoy.
- González Castillo, J. (1921). *El pobre hombre*. Teatro Popular.
- Magariños, M. (1918). *La familia Gutiérrez*. Editorial Renacimiento.
- Olivari, N. (1922). *La carne humillada*. La Novela de Bolsillo.
- Riccio, G. (1926). *Un poeta de ciudad*. Campana de Palo.
- Soiza Reilly, J. J. (1920). *Un hombre desnudo*. La Novela Semanal.